



Carta a Vicente Atencio

Abuelo, es difícil escribir esta carta. A medida que pasan los años y se deshojan las décadas, se hace más doloroso pensar en cómo hubiese sido tenerte cerca. Infinitas veces reflexiono acerca de lo más claro, y es que, obviamente la vida no hubiese sido tan adversa para mi abuela, mi madre y mis tíos, que después de tu desaparición, tuvieron que estar todos separados, escondidos en distintos lugares, siendo tan pequeños.

Me faltaría papel para describir todas las cosas en las que noto que nos hiciste falta como familia, en contar tantos dolores que significaron la desaparición, la persecución, el exilio, la relegación, la tortura, la muerte y el terror, que, sin duda alguna, tienen una repercusión tremenda en nuestras vidas como nietos y nietas.

Mis palabras se llenan de tristeza al pensar en todo lo que vino después de ese 11 de agosto, día que parece haber torcido nuestros destinos para siempre, pero la vida se mueve vertiginosamente, se abre paso entre tanta muerte y tanto interés de borrar de nuestras memorias. Nosotros, tus nietos, atesoramos de nuestros padres, los recuerdos de los últimos momentos de aquel día, en el que la despedida sería por última vez, y hemos buscado incansablemente, al igual que ellos, otros fragmentos de lo que fue tu vida.

Me cuesta hablarte hoy, contarte que este pueblo por el que tanto luchaste no está mejor, en muchos sentidos. Que la infamia de los conspiradores de ayer, corre rauda por los pasillos de la moneda y se vanagloria de seguir matando impunemente. La crueldad de tus asesinos, a 44 años de tu desaparición, parece estar en muchos sentidos, encadenada a nuestros destinos.

Abuelo, Vicente, si hay algo que me llena de dolor es no tener verdad. No poder saber de tus últimos tiempos con vida, cuando la lucha clandestina era tu refugio

y tus compañeros y compañeras pusieron sus vidas en la lucha, hasta vencer o morir. Mi familia me ha enseñado que, si no hay verdad, y la obsecuencia de los tribunales de justicia no da espacio alguno a encontrarla, es tarea de nosotros tomar en nuestras manos, la reconstrucción de tu historia.

He aprendido a ver la verdad sobre ti, en las sutilezas de la vida, de nuestra vida. Te he conocido a través de los relatos de la niñez de mi madre y mis tíos, de las anécdotas amorosas de mi abuela, que antes de morir, dibujaba cariñosamente tu personalidad en lo más profundo de mi corazón. Vicente Atencio, obrero del campo y de la pampa, diputado y regidor de Arica, vecino amable, amigo de muchos pobladores y pobladoras, luchador comunista incansable, padre alegre, bueno para bailar y de un origen humilde que nunca olvidó. Hombre valiente que decidió quedarse a luchar en clandestinidad, sabiendo que lo más seguro era ser asesinado por la brutalidad de los aparatos represivos del estado.

Recuerdo claramente, el día en el que fuimos al fundo Las Tórtolas en Colina, que antes estaba en manos del ejército, a conocer el lugar en el que encontraron tu cuerpo. Ahí, frente a la inmensidad desértica y los majestuosos cerros yacía el escondite en el que por quince años estuviste enterrado.

En ese sitio, que ahora es una minera, hay un camino, por el cual hubo que luchar décadas para abrir, en el que llegaban los helicópteros con las y los torturados empaquetados en bolsas. Ahí en medio de ese sol incansable, fue que busqué conectarme con tu esencia, abuelo. Ahí pensé que quizás ya te traían muerto. No podemos saberlo mientras nadie rompa el pacto de silencio. Quizás estas montañas fueron lo último que viste antes de recibir un disparo en la cabeza. Quizás tu voz quebrada resonó en estos valles por última vez, antes de apagarse para siempre. Ya con muchas costillas destrozadas, sin dientes, con tus dedos quemados por un soplete, se apagó para siempre tu vida.

En ese lugar lloré con rabia, pensando que aquí, estuviste todos esos años en que te buscamos y sufrimos sin descanso, mientras alguien sabía claramente que debajo de esta vereda, una simple vereda, estuviste quince años, metido en una bolsa. La ira me repletó por completo, pero la abracé y apacigué, como aprendí a hacer hace varios años.

En ese valle, abuelo, tu esencia se transfiguró. Tu piel, tu pelo y tu sangre, se fundieron con la tierra y se fueron con el viento. Al lado de ese camino, vi que

crecía un espino, pequeño y nuevo, alimentado por la tierra donde estuviste por tantos años. Mi abuelo es un espino pensé, y de repente, te transformaste para mí en un abrazo, en una voz, en un latido, en un olor, en una persona que nunca pude tener a mi lado. Abuelo, Vicente, tu no tuviste sueños de vejez, ni risas, ni orgullo por vernos crecer, ni descanso, ni historias que contar. Entonces tomé el espino, sus ramas me abrazaron, siempre filosas, orgullosas y difíciles, así mismo como me abraza esta historia, y sentí, que era lo más cercano a abrazarte que la vida me podía dar.

Abuelo, Vicente, tu voz es para mí el viento murmurando, el valle inmenso, la tierra fecunda, es un árbol lleno de espinas. Que la justicia y la verdad lleguen algún día con ese mismo viento que un día se llevó tu espíritu, para ti y todos tus compañeros y compañeras.

Te llevaré en mi sangre, mi memoria y pensamiento hasta el día en que cierre mis ojos por última vez.

Daniel Alvarado Atencio, 32 años, nieto de Vicente Atencio, desaparecido el 11 de agosto de 1976.